

Unas manos que no deseaban ser blancas

A Omar Dengo

— ¡No me salgás con eso, por vida tuyita!, ¡el Señor le dé a uno paciencia con tus cosas, Sebastián! ¿Pero, te habías imaginado que nos hemos encontrado la plata en la calle para tirarla así? ¿De dónde sacás esos testos? Parece que estuvieras vagamundo.

El torrente de palabras seguía brotando impetuoso de la boca de la robusta campesina que gesticulaba con grandes ademanes, llenando la cocina con su corazón de soldadote.

— ¡Ave María! ¿Quién cree? ¡Preferir andar con bueyes a ser sacerdote que es un oficio tan decente...! Solo en tu cabeza cabe...

Pero el discurso se cortó por uno de aquellos accesos de tos que hacían temblar con un temblor gelatinoso el gran vientre y el seno de la enorme labradora.

Bien lo había imaginado Sebastián al regresar esa mañana a su casa, que así recibiría la madre su proposición. Sin embargo, se había decidido, porque no podía más con la tristeza que le causaba el pensar que pronto tendría que abandonar el campo. Desde que recordó que las vacaciones tocaban a su fin, el corazón se le acurrucó en el pecho y allí estaba noche y día lamentándose: “¡Ay!, Sebastián, ¡hay que volver al Seminario!”. “Quedémonos, Sebastián, tú nunca podrías con los latines y las ciencias”. Cada año pasa lo mismo pero este era como nunca. Tener que cambiar su bosque, los potreros, el río, el ganado, por el Seminario con sus grandes salones sombríos, sus corredores sonoros y tristes, su capilla misteriosa en la que el olor del incienso, de la cera y de las flores se confundía, y con las figuras discretas de los sacerdotes y de los legos deslizándose sin ruido, semejantes a grandes pájaros negros.

Sebastián no quería pensar en esa vida. Las aves del bosque metidas en jaulas debían sentir lo que él, al verse encerrado entre las paredes del Seminario.

Hacía una semana que venía hilvanando las frases que dirigiría a su madre, retocándolas y adornándolas cada vez que las repasaba, para disminuir el mal efecto que le causarían. Se arriesgó al fin, aunque bastante le quiso significar su padre con la mirada de terror que le echara esa mañana, al oír la resolución del muchacho. —¿Que no querés volver al Seminario? Allá con tu mama, Sebastián. En eso no quiero ser complis.

Sebastián suspiró y miró con lástima la tímida figura de su padre que no era nada en su casa, como no eran nada ni él ni el padre porque todo lo llenaba la madre con su despotismo y su humildad. Bien sabía él que era lo peor que se le podría ocurrir, pero no podía su naturaleza sencilla medir hasta qué profundidades de la espesa mollera había llagado la disposición esa, ni con qué sentimientos de envidia y vanidad de campesina imbécil andaba enredada. Tampoco sabía qué constituía el tema de sus fantasías mientras trajinaba y guisaba en la cocina y de sus ensueños mientras dormía.

Un día que alababan delante de ellas los adelantos que hacía en el Seminario un chiquillo que había sido compañero de Sebastián en la escuela del pueblo, se le ocurrió que su hijo podría ir también.

Para eso tenía con qué. Más tarde, de sus conversaciones con los sacerdotes cuando iba arreglar algún asunto de su hijo, le sugirieron la idea de que este tomara esa carrera. ¿Que había que gastar mucho? No importaba: ¿no era el único hijo hombre? Y ahora cada día se alegraba más de su disposición.

—¿Qué se estarían figurando esos pobretes de los Morúas? Ella los cargaba en su espalda, sobre todo a María Jesusa, la cuñada del padre Benito Morúa, que creía que el mundo era de ella desde que el padre Benito viniera de cura al pueblo. La hubiera visto, Tiano —decía a su hijo en una ocasión—, desde ocho días antes de la Virgen, rajando con cuantos podía: que vendrían el padre Mariano y

el padre Alfaro, que predicará fray Ángel, que tal vez vendrán su Ilustrísima y el Presidente, y gallinas por aquí y chompipes por allá; que ella no daba ya porque era la de todo; que a ella le tocaba repicar y andar la procesión.

—¡Uf! ¡Qué mujer la tal María Jesusa!

Sí, tenía que bendecir su ocurrencia de meter a Sebastián al Seminario. ¡Qué iba a pensar su cabeza de mujer ignorante y grosera en la vocación del muchacho! Sus ojos no podían ver que las miradas de su hijo se iban tras todo lo que se relacionaba con las faenas del campo, ni sabía admitir la gallardía que había en su figura cada vez que empuñaba al arado o levantaba la mano para caer el grano en el surco recién abierto. ¡Ya verían las Morúas y María Jesusa! Y fantaseaba sobre el día de la Virgen de las Piedades, la patrona del pueblo, en que fuera ella y no María Jesusa la que aguardara al padre Fulano y al padre Zutanito y a su Ilustrísima y al Presidente... ¡Cuánto señorón, Dios mío, desfilaba por aquella imaginación de estúpida soñadora! ¡Y ella esperaría la comitiva en la puerta, vestida con una falda de buen merino verde con vueltas de raso rosado —otro de sus sueños—, con un delantal bien blanco, bien engomado y bien planchado! ¡Qué atareada estaría! ¡Entonces sería ella y no María Jesusa la que tendría que repicar y andar la procesión!

Y Sebastián tuvo que marchar año tras año al Seminario al cual dejaría de ir cuando tuviese la cabeza tonsurada y pudiese cantar ante facistol, epístolas y evangelios, cubierto de sobrepellices deslumbrantes.

Pero la murria de este año era más dolorosa que las anteriores. ¡Quién sabe qué coqueterías de mujer amante emplearía el campo con el mozo! Lo cierto es que se sentía adherido a él, y querer dejarlo era abandonar lo mejor, lo más noble de su ser.

Por fin habló: —Quisiera no volver al Seminario y quedarme aquí ayudándoles. ¡Yo soy muy rudo para el estudio! ¡Ya el viejo está muy cansado y... aquí no hay más hombre que yo!...

El discurso con sus figuras y floreos se quedó a medio palo, se evaporó al contacto de la mirada de fuego que le dirigió la madre.

Su timidez y poquedad de espíritu saltaron sobre la poca energía que había reunido. ¿Qué iba a hacer él contra aquel torrente de palabras y ademanes iracundos? Y con el mismo gesto de víctima que acostumbraba el padre, inclinó la cabeza.

Sebastián era un mozo de unos 18 años, pero desarrollado con esa precocidad con que lo hacen los campesinos sanos: su figura fuerte, alta, dominada por un rostro rosadote y dorado por los soles que había soportado en las vacaciones, era casi hermoso. Los pantalones recogidos hasta la rodilla y las mangas de la camisa levantadas, dejaban admirar los músculos de acero de las piernas y aquellos bíceps de piedra, sus ratones, de los que él estaba tan orgulloso. Pero toda la vida llena de fuerza y de salud que brotaba por cada poro, desaparecía al llegar a los ojos de un azul desteñido a los cuales asomaba el alma pusilánime que heredara del padre. Era casi ridículo si no lastimoso ver semejante proyecto de hércules con su juego de magníficos músculos, mirar temeroso hacia el suelo, mientras el corazón brincaba dentro de su pecho amplio, lo mismo que un ternerrillo asustado.

¿Para qué dijo nada? Mejor haberse guardado semejante testo como decía su madre. ¡Y de ribete que había olvidado que la despótica señora no había amanecido de buen humor!

—Bueno, mamita, no se enoje, era un decir no más —murmuró contemplando con dolor sus patazas llenas de tierra que bien pronto habría de encerrar dentro de los gruesos zapatos que constituían su mayor tormento y la diversión favorita de los compañeros de dormitorio allá en el Seminario. ¡Oh! Las guabas de Sebastián eran célebres entre aquellos traviesos muchachos.

Por la puerta abierta de la cocina entraba la espléndida luz de la mañana. La mirada apagada de sus ojos se perdió en la inmensidad del paisaje enmarcado en el hueco de la puerta: perspectivas de las montañas azulitas, potreros medio secos, los plantíos verde claro de los canales y casitas sembradas aquí y allá, con columnas de humo que se levantan hacia el cielo. Aspiraba ávidamente, con las alas de la nariz temblorosas, los olores que venían del campo; el perfume

del lugar sagrado del bosque, el sabroso del heno seco; el olor del café que se secaba en el patio, el arce del estiércol que llegaba del corral y el perfume exquisito de la flor de dama que escarchaba los árboles.

¡Ay! Que esos paisajes y esos olores tendría que dejarlos, pensó con pesadumbre, y el corazón se le fue por entre los potreros y a través del bosque que amaba tanto.

No pudo contener el hondo suspiro que hizo huir asustadas a las gallinas que andaban picoteándole en los pies los insectos que se les habían adherido al pasar por el breñal.

Ocho días después en una fresca mañanita de marzo, Sebastián, al trote de su mansa cabalgadura, caminaba en dirección a la ciudad. Llevaba un nudo en la garganta y el corazón hecho un puño. En una encrucijada encontró al primo Tomás que iba con su carreta al bosque a traer leña.

—¿Te vas ya Sebastián?

—Sí, hombre. Adiós —y su voz era temblorosa como agua que corre.

—Que Dios te lleve con bien —dijo con acento cariñoso Tomás.

Sebastián no avanzó. Se detuvo en la boca de la encrucijada hasta que no percibió el traqueteo de la carreta. Sus ojillos azulosos estaban llenos de lágrimas.

En su interior había la visión del bosque que él había explorado en todos sus escondrijos y profundidades, tan bello y tan misterioso, con lianas fantásticas y las umbrías frescas. ¡Ah!, ¡el bosque!, con aquellos sus ruidos tan de él; el sugestivo golpe del hacha al caer sobre un tronco, el quejido de alguna rama desgajada, la música profunda del viento entre follaje y de cuando en cuando la flauta de los jilgueros o el canto lastimero de las palomitas moradas que llenaban la espesura de melancolía.

Sebastián continuó su marcha.

Las casas no iban ya en procesión una detrás de la otra: había largos espacios sin ellas. Parecía que se iban quedando rezagadas.

En casi todas las casas, las aceras de piedra o los troncos de poró estaban con macizos de guarías florecidas y sus flores casi moradas, hacían pensar en las alegrías tranquilas de los humildes hogares que adornaban.

Los ojos de Sebastián paseaban ansiosos por uno y otro lado del camino, como si quisiesen beberse los paisajes que le salían al paso.

Cuando llegó a la última casa, se volvió: en el fondo del valle quedaba el pueblecito con las casas encaladas de azul y blanco. El pequeño templo se elevaba sobre las demás construcciones y a la imaginación romántica de Sebastián, le pareció la torrecilla blanca un brazo cariñoso que se levantaba diciéndole adiós. Las campanas llamaban a misa y sus repiques volaban a través del aire puro de la mañana azul. Adiós, adiós, adiós, creía que le decían mientras se alejaba cual bandadas de pájaros alborozados sobre la quietud de los campos. Los potreros se extendían a los lados del camino, secos y adormecidos. Entre la hierba se sentían zumbidos de insectos y entre el encaje de las ramas, los pájaros cantaban. Y allí estaba la última vuelta del río que dejaba ya el camino para tomar otro rumbo.

Sebastián se sentía más abandonado; hasta allí le pareció que iba acompañado de un viejo amigo y el murmullo de sus aguas era para su corazón como las palabras cariñosas que calmaban su tristeza. Ya no vería por mucho tiempo su corriente cristalina y pura.

De todas las cosas sentía que se desprendía un vaho de tristeza y desaliento infinitos. Volvió la cabeza por última vez. De las ramas de un grupo de árboles que impedían la vista del caserío, pendían negros y feos unos nidos de oropéndolas. Se pensaba al verlos en lágrimas que caían lentamente.

Otra vez la vida del Seminario con aquellos latines, gramáticas y ciencias que tanto trabajo costara a Sebastián hacer entrar en su cabeza. Otra vez los despertares a campanazos, en el gran salón, con la monotonía de sus lechos de hierro pintados de negro y cobertores rojos, y alumbrado por la luz cenicienta del amanecer de las ciudades. Nada de montañas, nada de potreros ni de árboles.

Todo se reducía a perspectivas de paredes de piedra o de ladrillo, adornadas algunas con mascarones y follajes de yeso, mares de tejados negruzcos o de zinc. Una que otra creciendo en los intersticios y el surtidor que en el centro del vasto patio enlosado, elevaba hacia el cielo el ramillete de cristal de su agua cantadora, eran las únicas notas frescas que acariciaban los ojos en aquel recinto. Cuando comenzaban las lluvias y los yigüirros llenaban de armonías los solares vecinos, llegaba para Sebastián una época de verdadero suplicio: el olor sabroso de la tierra recién mojada lo hacía sentir una nostalgia profunda, un deseo doloroso de volar a sus campos y en ellos embriagarse con aquel olor de vida. Recostado en una columna, miraba con ojos vagos los juegos de sus compañeros. ¿De veras estaban alegres? ¿De veras tenían deseos de correr y de gritar? Lo creían imposible porque lo que era a él se le había escapado la fuerza y la alegría al atravesar el sombrío umbral de Colegio. Se sentía como un nido vacío.

Y decir los ensueños en que lo sumían las bisagras herrumbreadas de la puerta de uno de los salones de clase, al abrirse o cerrarse. Producían un sonido dulce, metálico, ¡tan parecido al canto de los jilgueros en la montaña!

El profesor daba la lección de latín. ¡Aquella horrible declinación que hacía sudar a Sebastián! Terrae, terrarum, terris, repetía por centésima vez sin lograr pasar de allí.

En todo el recinto reinaba una gran tranquilidad y el silencio era interrumpido de vez en cuando, ya por la voz grave de un profesor, o la fresca de un muchacho, ya por el paso discreto de un fraile con su ruido de sotana o por la algarabía que a ratos formaban los comemaíces en el tejado. El rumor del surtidor había acabado por confundirse con el silencio.

El pobre Sebastián con la cara entre las manos y los ojos terriblemente fijos en el profesor trataba de seguir la odiosa declinación.

Desgraciadamente un compañero dio un golpe en un diapasón y aún le quedó vibrando, quejumbroso y lánguido en medio del silencio.

¿No es esa la nota en la que se quejan las palomitas yurés en el bosque?, pensó Sebastián. Y ya no pudo detener su imaginación que salió volando por la ventana hacia la amada tierra. Ya no hubo para él más declinación, sino un desfile de cuadros: el bosque misterioso y fresco, el golpe lejano de un hacha en algún árbol y el quejido de las palomas moradas, tan triste y tan dulce. Después pensó:

¿De qué tamaño estará ya el maíz que dejé sembrado? Y sus ojos tuvieron ante ellos el inmenso cuadro de su maizal en el que cada mata tenía el aspecto de un jovencillo de quince años. Hasta le pareció ver cómo el viento abría surcos en aquel mar de un verde claro, y oír el rumor de sedas que dejaba al acariciar las largas hojas. El maizal se desvaneció...

¿Tendrían ya cría “la siete”, “la chumeca” y “Mariquilla”? Seguro, porque les tocaba por este tiempo. Y ojalá fuesen terneras... Pronto le escribiría a Tomás para que le contara.

Ahora ocupaban el lienzo de su imaginación las grandes y noblotas cabezas de las vacas que lo miraban con sus ojazos húmedos y tiernos: la una con un siete blanco muy bien dibujado en medio de la frente; la otra negra y sin cuernos, y la “Mariquilla” la alazana, inquieta y juguetona.

También pasaron su yegua melada, su potrero negro y por fin sus adorados bueyes. En ellos recreó largo tiempo su pensamiento.

¡Cuánto los quería! Sí, los quería tanto que muchas veces en sus épocas de vacaciones cuando hacía largas jornadas con ellos, olvidaba su fatiga y su hambre, por calmar la de sus animales. Primero ellos que yo —se decía en tales casos—. En aquel momento debían estar bajo el roble del potrero rumia que rumia.

¡Ah! ¡El potrero! desde el cual se veía la casita de Cecilia, en una loma. ¡Cecilia! Y una carilla dulce y linda, con ojos verdes que parecían flores de chicoria encerradas entre la franja de pestañas negras, le sonreía en medio de las bandas de cabellos oscuros, recogidos en dos trenzas que le caían por la espalda.

¡Cecilia! Pero... ¡qué tonto era!

—Es con usted el plural —dijo la voz gangosa del profesor, luego que un codazo de un compañero hizo a Sebastián volver de sus ensueños.

¡Ah! ¡Qué lejos estaba! Y con acento tembloroso y lleno de duda comenzó a recitar: terra, terrum, terris...

Hay lecheras dichosas cuyo cántaro no se quiebra.

La madre de Sebastián era una de estas. Sus sueños se cumplían. He aquí que gracias a la intervención de sus monedas de oro, el padre Benito se había ido a otro curato y el padre Sebastián vino a reemplazarlo. La vigorosa figura del muchacho se había suavizado al contacto de las manos del estudio y de la oración. El rostro y las manos que el sol antaño curtiera y dorara, se habían tornado blancos y pálidos. Era figura triste: se sentía pena al verlo recorrer las calles del pueblo, encorbado y envuelto en su sotana negra. Ahora su cabeza estaba tonsurada y sus grandes manos eran blancas, sedosas y olían a incienso.

Su primera misa en el pueblo fue un acontecimiento.

¡Pobres Morúas! ¡Pobre María Jesusa! Hecha un brazo de mar, vestida con la falda de buen marino verde con adornos de raso y envuelta en un gran pañolón negro, bordado en colores, la madre de Sebastián estaba arrodillada en su banco, dejando caer sobre todo el mundo miradas de triunfo. A su lado desaparecían las tímidas figuras de sus dos hijas y la de su esposo.

¿No veis allí a mi hijo —parecía decir— que cantaba la misa, haciendo de preste, con un diácono y un subdiácono a los lados? Quién sabe qué ideas de grandeza le sugería la vista de su hijo entre los dos sacerdotes.

En cuanto a Sebastián, muy lejos estaba de sentirse contento. Cuando se acercó al altar y su voz cantó el introito, experimentó un profundo desaliento. ¡Qué inútil le pareció su vida, al sentirse haciendo todos aquellos ademanes y genuflexiones litúrgicas! Dios se lo perdonara, pero ¡cuántos deseos tenía de morir! Durante la ceremonia, mientras estuvo sentado, no pudo impedir a sus ojos que miraban a través de la gran ventana que se abría en la pared

del ábside, el cielo azul por el que volaban pequeñas nubes blancas. Esta visión llevó su pensamiento fuera del templo. Su vida futura se presentó ante él, así, olorosa a incienso, llena de aquellos ademanes solemnes, a los cuales aún no se acostumbraban sus manos torpes que tanto amaban el arado, y de aquellos cantos graves. Mientras el armónium inundaba el recinto con su música sagrada y triste, recordó que esa mañana, muy temprano, había ido a pasear solo al campo. El olor que se siente por las mañanas entre las arboledas lo embriagaba, le llenaba el corazón de un sentimiento indefinible. Anduvo a la ventura, a través del bosque y de los terrenos ya listos para la siembra. Encontró a los Quesadas que habían madrugado, acabando de arreglar su campo.

¡Cuánto le conmovió el cuadro que viera! La fuerte figura del viejo ñor Quesada se destacaba majestuosa sobre el fondo luminoso del cielo. Se había apoyado en su azada, y con el viejo sombrero de paja en la mano y la cabeza inclinada, se puso a orar. La brisa juguetaba con su gran barba y con su larga cabellera plateadas. Al verlo así, Sebastián pensó en un añoso tronco del bosque que se levanta coronado de césped, el cual amanecía muchas veces lleno de escarcha. En más de una ocasión se extasió contemplando cómo jugaba el viento con las largas y suaves guedejas de aquel césped blanqueado por la escarcha. Al lado del viejo, Melis y Juan, sus hijos robustos y hermosos, oraron también quitándose sus sombreros, con las frentes inclinadas hacia la buena tierra cuyo seno iban a abrir, pero del cual no brotaría más que amor. Junto a ellos, los bueyes inmóviles miraban el campo con sus ojos inocentes. Un pajarillo atrevido que venía desgranando a través del aire de la mañana bella sus gorjeos de cristal, se había posado un momento sobre el cuerno de un buey y luego emprendió su vuelo, sin cerrar el pico. Tan pronto como terminaron la oración, dieron principio a la labor: el anciano guiaba la yunta, Melis seguía arando y detrás, Juan, casi un chiquillo, levantaba la mano y dejaba caer el grano. Los jilgueros cantaban en el bosque cercano y las piapias pasaban alborotadas, rasgando el velo de paz que caía del cielo sobre el campo.

¡Ay! El recuerdo de ese cuadro llenaba de dolor su corazón. ¡Cuán repleto de amor y de vida le parecían el ademán de Juan al dejar caer el grano y cuán inútiles los suyos al lado del altar! ¡Y Juan era un niño y él un hombre! Otras manos sembrarían sus tierras que él amaba con toda su alma. Con pena contemplo sus manos blancas, sedeñas. ¡Oh!, ¡sus manos que podían como las de Melis Quesada, estar empuñándole arado y ser también callosas y ásperas!

Sus ojos tropezaron con la mirada triunfante de su madre y algo parecido al odio pasó por su corazón. Pero alarmado inclinó la cabeza y oró..., y en sus ojillos azules tembló una lágrima.

El padre Sebastián se paseaba por el corredor que había a la entrada de la casa cural. Llevaba su cuerpo joven inclinado hacia la tierra. ¡Pobre Sebastián! Las alas de la alegría habían volado de su espalda desde hacía varios años, y el desaliento con su carga de plomo era quien pesaba ahora sobre ella. La sotana negra le hacía parecerse a un lúgubre pájaro negro.

Al frente quedaba la casa de Tomás. En la tranquera, la esposa lo aguardaba. Había sido compañera de infancia de Sebastián. Era joven, hermosa, y la salud brotaba hecha rosas por sus mejillas; su vientre muy desarrollado hizo a Sebastián pensar dulcemente que dentro de él se agitaba una nueva vida.

Tomás volvía por el camino con su carreta, dentro de la cual brincaba y gritaba un grupo de niños de diferentes edades, rubios y sonrosados: eran los hijos que habían ido por el padre al campo. Aquel cuadro llenó de tristeza el alma de Sebastián. ¿Por qué? ¡Vamos! ¡Qué tonto era!

Por el lado opuesto, Cecilia, la cuñada de Tomás, caminaba cimbreando su busto gallardo de campesina sana. Su cuerpo se destaca sobre el lienzo luminoso del poniente, con la tinaja en la cabeza, llena de gracia y armonía. Se pensaba viéndola en la dulce figura de la Raquel bíblica. ¡Ah!, Cecilia, la suave doncella que a menudo había sonreído entre los sueños del Sebastián adolescente. ¿Podía olvidar sus inocentes fantasías con la casta niña que siempre aparecía en ellas, sonriéndole con sus ojos verdes que hacían

pensar en las florecillas de chicoria que adornan los potreros, y tan encantadoras con sus trenzas oscuras cayendo melancólicamente por la espalda?

¡Oh!, ¡pero sus sueños y sus fantasías! ¿A qué pensar en ellos si huyeron al verlo con aquellos ademanes hieráticos y sus manos suaves olorosas a incienso?

—Buenas tardes, Sebastián.

—Buenas te las dé Dios, Tomás. ¿Dónde vas con esa carretada de flores? —¡qué triste era su voz!

La madre de Sebastián, pesada, cada día más cargada de carne, salió sonriendo con su sonrisa imbécil y él sintió que la odiaba como el día de su primera misa. Pero como aquel día, su alma débil sintió temor e inclinando la cabeza oró con lágrimas en los ojos.

1913